EUROPA Y EL BLOQUE SOVIETICO *

POR

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRIA

PREÁMBULO

Los acontecimientos que han entristecido a Europa a partir del 24 de octubre, y sobre todo la brutal represión del ejército soviético contra los combatientes de la libertad en Hungría, han llevado a nuestro continente más cerca de la guerra que cualquier otro momento posterior a la rotura del bloqueo de Berlín. Durante los primeros días de noviembre, jefes militares y personalidades políticas se vieron forzados a considerar seriamente las perspectivas de un conflicto armado. Se ignoraba a ciencia cierta si los soviets utilizarían el impulso acelerado de sus tropas asiáticas para resolver sus problemas internos por medio de una ofensiva a este lado del telón de acero.

El drama que acabamos de vivir y la crisis internacional que le acompaña y prosigue nos imponen la obligación de un estudio político a fondo de las circunstancias presentes. Una vez más, la fragilidad extrema, que hemos dado en llamar la paz, ha hecho su aparición entre nosotros. Y a no ser que se presenten cambios radicales, llegará la recidiva de una crisis similar a la que acabamos de

---

* *El 22 del pasado mes de noviembre, el arquiduque Otto pronunciaba esta importante conferencia en Madrid, en una serie de ocho intervenciones públicas, en las que abordó los temas más arduos de la problemática cultural, política, social y económica de nuestro tiempo. Reproducimos seguidamente las palabras con que nuestro colaborador puso fin a esta conferencia, dictada al alumnado y cuerpo docente de la Escuela Diplomática: "...No es habitual para un extranjero hablar a estas alturas de asuntos que conciernen exclusivamente a él mismo. Pero me dispensaréis que os diga con absoluta franqueza que me es imposible sentirme extranjero aquí. No pesan tan sólo los recuerdos inolvidables de juventud, que debo tanto a la amistad caballeresca de vuestra nación como a la figura legendaria del rey Alfonso XIII. Existe también, y sobre todo, el hecho de una larga historia vivida en común y los símbolos—las águilas bicéfalas—que significan, entre vosotros como entre nosotros, grandeza, imperio y espíritu occidental. Para nosotros como para vosotros, la idea imperial, en el sentido cristiano de la palabra, es una misión a la que no podemos ni debemos renunciar. Imbuído por este espíritu, se me permitirá deciros que España, en las horas difíciles de esta generación, luchará siempre de la noble forma que corresponde a su ejecutoria. Madrid se comportó como capital de Europa en la hora de las primeras informaciones sobre Hungría. Continuad vosotros por este camino en los días venideros, y la gloria de la gran tradición espiritual de España seguirá viva en vuestras manos."*

sufrir. La cuestión no estriba ya en si se ha de producir. Todo observador serio no puede negarlo ya. Sólo se trata de saber cuándo.

Entre tanto, y mientras no se verifique un cambio tan temible, existirá la coyuntura para la acción política. Esta acción se convierte hoy día en un deber ineludible para quienes no han abandonado todavía la esperanza de salvar a la paz. Bien entendido que, al pronunciar esta palabra, no coincidimos, por supuesto, con los pensamientos de nuestros adocenados coexistencialistas. Para nosotros, paz y libertad van unidas indisolublemente, y no es posible aceptar una sacrificando a la otra. Además, estamos convencidos de que, cuando todavía no ha acontecido lo irremediable, es factible alcanzar los objetivos deseados, gracias a un absoluto realismo y a una política idónea, basada en conocimientos objetivos, y sin necesidad de sufrir una tercera guerra mundial.

STALIN: PRIMERA FASE

El arranque de todo estudio objetivo ha de partir de la Europa que, por regla general, asociamos a las grandes Conferencias de Teherán y de Yalta.

En realidad, la cuestión se remonta a un ayer más lejano. En la semana que siguió al avance del ejército alemán sobre la línea fronteriza polaca, Stalin reunía a su Politburó. Revivamos la atmósfera de aquellos momentos. Son los últimos días de junio de 1941. El ejército rojo estaba gravemente afectado por el ataque alemán, tan poderoso como imprevisto. Por todas partes, las masas acorazadas progresaban con enorme celeridad. En Occidente, donde, una vez más, los Estados Unidos se mantenían técnicamente neutrales, era opinión extendida que Rusia se desplomaría antes de fin de año. Era lógico esperar, por tanto, que la primera reunión de la suprema autoridad soviética se ocupase de la catastrófica situación militar. La mayoría de los Gobiernos occidentales lo hubieran hecho así. Pero Moscú era diferente.

Stalin y sus colaboradores se consagraron exclusivamente a fijar los objetivos bélicos de Rusia, reconociendo—y en este punto es preciso respetar la grandeza, incluso en el adversario—que la guerra no constituye un fin por sí misma. El dictador del Kremlin no prestó oídos al absurdo lema de "*Let's win the war first and think of peace thereafter*"; o sea: "Ganemos, ante todo, la guerra; que siempre habrá tiempo de pensar en sus objetivos después de

la victoria." El gran georgiano sabía que no puede establecerse una línea divisoria entre guerra y paz. La política seguida en la fase anterior determina la siguiente. Sólo una paz auténtica puede justificar los sacrificios. De ahí que toda propaganda bélica haya de determinarse por el objetivo final. Stalin no hubiera caído nunca en el error imperdonable que fué, por ejemplo, el infortunado lema de la "rendición incondicional".

Durante la sesión del Politburó ya aludida, el dirigente soviético fijó los puntos geográficos que habría de alcanzar una Rusia victoriosa. Así, trazó las fronteras actuales de Finlandia; confirmó la anexión de los Estados bálticos. De allí parte la línea que atraviesa a Polonia. Ya por entonces se había previsto una derivación de este país hacia el Oeste, con el objeto de permitir a Rusia el desplazamiento, a costa de Alemania, de los habitantes de las regiones anexionadas, y de poblar asimismo su territorio de forma homogénea con rusos y ucranianos. Además, decidió entonces la incorporación a la zona soviética de la Ucrania cárpata, toda la Transilvania y Rumania. Su plan abandonaba el resto de Europa a la población autóctona o a las potencias occidentales.

Semejante frontera hubiera sido, hablando militarmente, en extremo favorable a Rusia. Por la situación de Polonia y de los países bálticos, una acción ofensiva hacia el Oeste, con utilización de la gran llanura nórdica de Europa, hubiese resultado tan fácil como lo es hoy en día. La posesión de la Ucrania cárpata le brindaría a la Unión Soviética una cabeza de puente sobre las estribaciones meridionales de los Cárpatos, que hubiera reducido esencialmente la importancia militar de esta fortaleza militar. Partiendo de Rumania, Moscú hubiera podido proseguir una política balcánica activa. En el pasado, las ambiciones rusas sobre el Bósforo y los Dardanelos—el antiguo sueño bizantino—fracasaron también, porque la angosta llanura que separa la Transilvania del mar Negro no constituye una línea segura de abastecimiento mientras las cumbres cárpatas se encuentren en manos potencialmente hostiles. Durante el siglo XIX, el Imperio austro-húngaro había conseguido obligar a los rusos a una retirada de los Balcanes, al movilizar a sus tropas. Con la línea establecida por Stalin, el Kremlin hubiera podido transmitir al mundo un aire mentido de gran moderación, mientras alcanzaba una base de partida ideal para el porvenir.

Moscú continuó fiel a este concepto hasta poco antes de Yalta. Pero la gran debilidad de las potencias occidentales, su hábito de ceder en todo terreno y la renuncia al Plan Churchill de un desembarco en los Balcanes... originaron la expansión de las ambiciones soviéticas hasta el Elba y el Enns. Aparte de ésta, hubo otra razón que obró asimismo. Todos los historiadores están de acuerdo en afirmar que, durante los años de 1940-1944, la tensión nerviosa ininterrumpida y el trabajo sobrehumano habían arruinado la salud de Roosevelt y, con ella, sus facultades mentales. Pero se olvida que la guerra exigió de Stalin un esfuerzo si cabe todavía mayor. El jerarca ruso no era ya un hombre joven. En el curso de la desestalinización se nos han dado a conocer las primicias de ciertos hechos que, pensando con lógica, debimos adivinar mucho antes. Pero en este punto, como en otros, fuimos víctimas de una propaganda que se infiltraba generalmente, y que obligó a aceptar el mito del superhombre del Kremlin incluso entre anticomunistas convencidos. Hoy sabemos que la psiquis de Stalin sufrió más la fortuna de la guerra que la del presidente norteamericano. El ruso perdió el sentido de la medida y de lo posible. Uno de los primeros síntomas de este relajamiento de sus facultades consistió en que ya nunca se avino a mantenerse en las fronteras estratégicamente justas que había fijado a su Imperio, sino que, en la excitación de la victoria, se dejó arrastrar más allá de los límites de la fortaleza, para precipitarse, como un aventurero, en campo abierto.

Esta decisión ha constituído probablemente el error más grave de la política staliniana. Si la Unión Soviética hubiese sabido conservar la medida, habría tenido la seria oportunidad de convertirse, por la libre voluntad de los pueblos, en la primera gran potencia del mundo. No cabe duda de que Norteamérica hubiera escogido un nuevo aislacionismo, que sólo podía conjurar la amenaza. Pero el avance ruso hasta el corazón de Europa indujo a errores que acabaron por poner coto brutal a las expansiones rusas. La agresión contra Grecia fué la consecuencia lógica de la ocupación de Bulgaria. Este fué el origen de la *Truman doctrine*, de la que probablemente los historiadores futuros dirán que no fué inferior en trascendencia e importancia a la *Monroe doctrine*. Por otra parte, la ocupación de la Alemania Central llevó lógicamente al bloqueo de Berlín, cuya quiebra constituyó la derrota más grave de la política rusa. En fin, la ocupación de Viena du-

rante diez años terminó también en una retirada, cuyas consecuencias ulteriores pueden imaginarse, sin pretender todavía juzgarlas definitivamente en sus auténticos alcances.

LA DESESTALINIZACIÓN SOVIÉTICA

Con la terminación del régimen staliniano en Rusia y con los disturbios subsiguientes a la muerte del poderoso dictador hubo de establecerse por necesidad una nueva línea política.

Los grandes avances del año 1945 despertaron en los comunistas rusos la creencia de que la revolución mundial se hallaba próxima. Al propio tiempo prendía en las masas un sentimiento paneslavo y mesiánico: proyectando sus tropas "invencibles" sobre el Elba, se arrobaban imaginando un rapidísimo salto hasta el Océano Atlántico. Tanto más duramente hubieron de operar las derrotas de Grecia y de Berlín sobre los ánimos del comunista soviético. Y sobre todo, quizá, el inmovilismo y el hecho de que los frentes comenzaran a estabilizarse.

La *Policy of containment* norteamericana ha sido objeto de duras críticas. Yo mismo he puesto en duda su eficacia. Pero los hechos han demostrado lo contrario. En efecto, el Plan de George Kennan había reconocido que, desde un punto de vista psicológico, la estabilización de los frentes no podía perjudicar a un Occidente cuyo ideal se basa en la defensiva. Por otra parte, le exasperaría necesariamente el Estado cuyo objetivo fuera dinámico, esto es, la revolución mundial. Por desgracia, al Plan Kennan le faltó un punto esencial, que aminoraba fuertemente su valor. Y es que olvidó el hecho de que habría de llegar el momento en que los nervios del adversario comenzaran a desatarse.

Sin embargo, desde esta perspectiva ha de considerarse la problemática de los epígonos de Stalin. Era esencial para ellos la recuperación de la iniciativa perdida. La derrota ante Berlín les enseña que esta iniciativa no es posible por el empleo de la fuerza armada, al menos en la Europa occidental. Y, en consecuencia, la política se desplaza hacia el sector diplomático, con el objeto de liquidar los frentes congelados y de salir a campo abierto, incluso al precio de una retirada táctica.

No obstante, esta apertura tiene más simple expresión que realización, sobre todo para un doctrinario como Krustchov. Porque, si bien la revolución mundial es el dogma primero de la religión materialista del Kremlin, la creencia en la infalibilidad del partido

no le va a la zaga en importancia. El partido se ha identificado una única vez con una equivocada concepción táctica durante los años de la decadencia staliniana. Cabe explicar a los intelectuales la distinción entre táctica y estrategia. Pero es punto menos que imposible entre las masas. Así, pues, tras 1953, los dirigentes de la Unión Soviética se enfrentaron con la necesidad insoslayable de crear una cabeza de turco, con el objeto de hacer creer al pueblo que el error radicaba no en el partido, sino en un solo individuo. Fracasó el primer intento de imputar la culpabilidad a Beria tras su ejecución. Porque existen límites, incluso para la credulidad de la población rusa. Sólo una decisión heroica pudo luego librar al régimen comunista de este doloroso dilema. De este modo, la desestalinización se convirtió en el corolario lógico de la política ginebrina. Ambas premisas forman partes complementarias de un mismo concepto. Su objetivo consiste en acabar con las líneas y directrices rígidas y de asegurar asimismo la libertad de movimientos a los nuevos líderes de la Unión Soviética.

CRISIS EN EL BLOQUE SOVIÉTICO

La situación creada por la doble maniobra de Ginebra y de la desestalinización influiría no sólo sobre el mundo libre o sobre las relaciones Este-Oeste, sino también sobre los acontecimientos en el seno del bloque soviético. El tórrido viento oriental, del que se habló en su día, hubo de soplar asimismo sobre los territorios dominados por Rusia antes de atravesar el telón de acero. Y la desestalinización fué desde un principio un arma de doble filo. Los cambios personales y políticos tan importantes dejan necesariamente su huella. Y los acontecimientos iniciaron su curso.

Si hoy día nos impresiona ante todo cuanto pasa en los países ocupados del Este europeo, no hemos de olvidar a este respecto que la crisis que manifiesta el bloque soviético tiene ya repercusiones en la misma Rusia y puede conducir a situaciones absolutamente imprevistas. No nos referimos aquí a cambios de personal, inevitables como consecuencia de los acontecimientos de las últimas semanas. Beria hubo de sufrir las consecuencias de la rebelión de Berlín. Por lo mismo, es probable que los días de Krustchov estén ya contados. Pero importa que sean Mikoyan, Malenkov o, quizá como más probable, Zhukov quienes se hagan con la sucesión, porque se trataría invariablemente de hombres del sistema. Pero al hablar de subversiones en la situación de la U. R. S. S., nos refe-

rimos a algo más fundamental. Porque Rusia está tan afectada en su esencia que exigirá algo más que cambios artificiales. Los soldados soviéticos que se negaron a disparar sobre el pueblo en Budapest son el signo precursor de acontecimientos venideros.

El 12 de julio del presente año moría en la helvética Zurich, de un ataque cardíaco, una de las mentes más poderosas de nuestro tiempo: el publicista, político y banquero doctor Félix Somary. El día anterior a su muerte, al encontrarse con un amigo, llegó a decirle: "En el plazo de cinco años, el bolchevismo ya no existirá." Podemos adherirnos a esta profecía, pronunciada por un hombre que durante toda su vida representó el ingrato papel de Casandra en Europa. Y que se ha hecho odiar, en consecuencia, por todos los menguados y los mediocres. Estamos de acuerdo con este juicio de la situación actual, sobre todo si agregamos lo siguiente a la frase del difunto Somary: "A condición de que Occidente practique una política adecuada."

CRISIS DE LA ECONOMÍA RUSA

El empeoramiento de la situación en la Unión Soviética se nos manifiesta en los más diversos campos. Una de las supuestas conquistas más importantes de la política comunista consistió en haber eliminado presuntamente las crisis económicas. La propaganda rusa no cesa de hablar de ello. Y, antes al contrario, Moscú combate en dos frentes contra fenómenos amenazadores.

El secreto del éxito comunista en política interior se explica, ante todo, por el hecho de que, pese a una propaganda ideológica de cara al extranjero, el partido ha conseguido mantener el *standard* de vida de su propia población a un nivel ínfimo. El habitante medio del bloque oriental no dispone realmente de tiempo para ocuparse de política, y se adentra espiritualmente en el problema de asegurarse su miserable existencia. Su reducidísimo tiempo libre lo acapara el partido. Al regresar a su casa, cae literalmente en el sopor del agotamiento. Tal es la razón por la cual Stalin fomentó siempre la industria pesada, a costa de la industria de los bienes de consumo. Ello es sólo posible por un tiempo limitado, sobre todo en un país devastado. Pero, a largo plazo, el mercado de la industria pesada se satura. Incluso en el caso de rearme febril. Porque sólo es posible utilizar una cantidad limitada de acero para las armas nuevas. El fenómeno es semejante al hecho de que, en una superficie dada, sólo sea posible emplear, por razones físicas, un limitado número de tractores.

Por esta causa hubo de plantearse un serio problema económico poco antes de la muerte de Stalin. Malenkov intentó ponerle coto autorizando la expansión de la industria de consumo. El resultado fué un aumento (mínimo para los *standards* occidentales) del nivel de vida soviético. Casi inmediatamente después, esta situación originaba las tensiones políticas que provocaron la decisión unánime del partido de reemplazar a Malenkov por Krustchov y Bulganin. Los manes de la coexistencia con el extranjero retornaron, ya entrado 1955, a la concepción staliniana de la economía. La industria pesada se desarrolló nuevamente a costa de la industria de los bienes de consumo. Y con toda naturalidad se plantea de nuevo el problema de 1952. Ello explica el empeño desesperado del régimen por conquistar mercados exteriores y los viajes febriles de Mikoyan. No obstante, para un país como la Unión Soviética —contra la cual existen prejuicios morales, incluso sin hacer mención al conservadurismo natural de los mercados—esta expansión del comercio exterior no puede realizarse de la noche a la mañana. De ahí que continúe aumentando la presión interna.

Con simultaneidad a esta superproducción de argumento político se manifestaban los primeros síntomas graves de una crisis agraria. Hoy día se reacciona duramente en Norteamérica contra el acrecentamiento de los excedentes agrícolas y por la disparidad progresiva de los precios industriales y agrarios. Si analizamos atentamente las estadísticas, algo mejoradas, de la U. R. S. S., podrá comprobarse que allí se lucha hoy con los mismos problemas. No son éstos, pues, monopolio del mundo capitalista. Con ello, la Historia nos enseña que una crisis económica general comienza siempre en el sector agrícola. El pronóstico es, por tanto, gravísimo para Rusia.

Estas amenazadoras perspectivas económicas se enconan aún más con una crisis de política interior. Esta crisis proviene del eterno problema de toda dictadura: el problema de asegurarse la sucesión. Stalin había logrado franquear este peligroso escollo tras la muerte de Lenin; hoy día, las perspectivas parecen menos alentadoras para el régimen. La experiencia secular nos muestra que nunca se ha conseguido una dirección suprema de carácter colectivo. Además, el Kremlin ha de contar con el conflicto de las generaciones. Según la afirmación unánime de cuantos en los últimos tiempos se relacionaron con los jerarcas soviéticos, la joven generación de dirigentes ya no cree en el marxismo-leninismo. Se trata de tecnócratas nacionalistas en estado puro, que escuchan las lucubraciones ideológicas de Krustchov con ironía o con cólera. Sote-

rradamente arde hoy alerta en la Unión Soviética la revolución palatina de los jóvenes, que coarta la libertad de acción de los mayores.

CRISIS DE LA POLÍTICA EXTERIOR RUSA

Por último, como hecho quizá más grave, la U. R. S. S. ha de hacer frente a una crisis política internacional. En efecto, desde 1948, y en particular después de la muerte de Stalin, la supremacía de Rusia en el propio bloque soviético ha remitido considerablemente.

El carácter monolítico del Estado oriental proviene, sobre todo, del hecho de que la Unión Soviética fué la sola gran potencia verdadera del bloque. Pero ahora, con el acceso de la China Popular, surgió una nueva fuerza en el horizonte. Es indudable que Mao Tse-tung reconoció tácitamente la primacía de Stalin. Pero con la batalla del Yalú—río que, más de una vez, ha decidido el futuro del género humano—, en la cual las tropas chinas infligieron una severa derrota a las fuerzas del general McArthur, los observadores atentos verificaron la realización de un cambio notable, que rebasaba los límites de la cuestión coreana. Y sólo el prestigio personal del viejo tirano del Kremlin pudo evitar que esta realidad nueva pasara al dominio de las grandes masas.

Pero, una vez enterrado Stalin, sus epígonos no pudieron sostener su posición. Desde 1953 puede decirse que el centro de gravedad del mundo comunista ha comenzado a desplazarse hacia el Este. Este movimiento adquirió tal amplitud, que en los comienzos del otoño de 1956 este centro de gravedad podía situarse en un lugar de las llanuras siberianas, a mitad de camino entre Moscú y Peiping.

La revolución húngara ha acentuado aún más esta evolución. El prestigio de Moscú ha descendido de golpe por lo menos en un grado. De potencial mundial de primer orden, Rusia ha recaído en un segundo rango. Por analogía, podría decirse que Rusia era comparable a Norteamérica, y China, a Gran Bretaña. Pero hoy día sus papeles se han trocado.

Es interesante notar que, desde el comienzo de noviembre de 1956, Mao Tse-tung se ha hecho con varios partidos comunistas asiáticos. Y, además, Peiping intenta reemplazar diplomáticamente a Moscú en aquellas regiones que aún hoy podrían ser consideradas como coto privado ruso. Con este fin, China explota con gran habi-

lidad el profundo descontento que impera en numerosos países asiáticos, provocado por la nueva del fracaso de la ofensiva económica de los soviets, con la que contaban sus beneficiarios orientales. Efectivamente, esta ofensiva estaba basada en gran parte en aportaciones de Polonia, de Hungría y de Checoslovaquia. Pero estos tres países se han manifestado poco fieles a Moscú o están arruinados. En todo caso, ninguno de ellos puede considerarse en un futuro inmediato como ayuda para los desvelos comerciales de Moscú.

A largo o a corto plazo, estos hechos plantearán a Rusia un dilema extremadamente doloroso. O bien la U. R. S. S. ha de aceptar el papel de satélite chino, o bien el país habrá de revisar a fondo toda su política del presente y su estructura interna. No habrá medio humano de escapar a esta alternativa; sobre todo, en el momento en que las masas soviéticas verifiquen la magnitud del desastre. Este desengaño coincidirá, por supuesto, con el desplome del mito del comunismo como doctrina del futuro, tal y como ha evidenciado el carácter esencialmente joven del levantamiento húngaro.

Estos hechos nos llevan a la conclusión de que en la coyuntura actual operan numerosos factores de una revolución rusa contra el régimen soviético. Y si no osamos llegar más lejos es porque no queremos—por prudencia, a la que nos han habituado las duras décadas vividas—dejar a Occidente un margen de error.

TITO Y LA FICCIÓN TITISTA EN LA EUROPA OCCIDENTAL

Todavía hoy existen políticos que hablan del factor Tito. Tras su enajenación de la Kominform por orden de Stalin, el mariscal yugoslavo había ganado en importancia a los ojos de Occidente y, en consecuencia, también a los del Kremlin. Esta doble perspectiva ha permitido al jerarca yugoslavo la prosecución de una política de Estado financiada por Occidente.

No obstante, un observador atento y objetivo de la situación habrá de concluir que el corazón del dictador yugoslavo pertenece al mundo comunista. Su política tras la desaparición de Stalin prueba que se trataba, en su caso, de un mero conflicto de incompatibilidad personal y no de una oposición ideológica. Esta es la razón por la cual, desde 1953, las relaciones entre Belgrado y Moscú volvieran a ser amicales. Y haría falta toda la ceguera vo-

luntaria de los propagandistas occidentales para no ver lo que se constituye en evidencia misma.

Cierto número de personas en Wáshington y en Londres siguieron esperanzadas la llamada "política de independencia" de Belgrado. Se resistían a reconocer el hecho de que esta política prestaba un servicio eminente al Kremlin. En efecto, la economía yugoslava se encontraba en un estado tan misérrimo que interesaba a Moscú abandonar a su aliado al pasivo de las cuentas occidentales, puesto que los recursos rusos eran limitados. Además, un Tito digamos "occidental" era inestimable para sus comparsas no sólo en el terreno de la información militar y de la diplomacia.

Si Tito se convertía en irreemplazable para sus aliados y amigos, en el mundo libre servía a la ficción de la existencia del titismo como fuerza comunista independiente del Kremlin. Esta ilusión fué tanto más fuerte cuanto existían múltiples pruebas concluyentes de su absurdo. Los norteamericanos dilapidaron millones en Francia y en Italia, con la esperanza de crear allí partidos titistas. Inútilmente. Un producto peculiar del suelo yugoslavo no puede trasplantarse al Oeste. La misma afirmación podría aducirse *a fortiori* de los otros países del este de Europa, donde los odios y rivalidades existen en torno a Belgrado.

La impostura titista sólo tiene sentido en la perspectiva de Moscú, en el plan soviético de asegurar, gracias a la persona del comunista de Belgrado, una línea de repliegue en caso crítico. El Kremlin había preparado a largo plazo la maniobra que arrojaría a Tito del Poder en una hora difícil. El encarcelamiento de determinados titistas no tuvo otro sentido, ya que se les guardaba en la reserva para utilizarlos en el momento oportuno. Pero los jefes soviéticos, astutos por lo general, olvidaron la antigua verdad popular de que no es posible detener a media ladera un carruaje sin mando que se precipita monte abajo. No estudiaron suficientemente la historia de Murat, rey de Nápoles. Esta hechura de Napoleón quiso intentar también la práctica de una política de independencia. Pero Murat sólo pudo sobrevivir políticamente unas semanas a su amo. De igual modo, hubiera sido inconcebible destituir a Hitler a la terminación de la segunda guerra mundial, colocando en su lugar a un Goering cualquiera.

Todo ello explica la debilidad de Tito durante los últimos acontecimientos. Un hombre que había soñado con convertirse en dueño y señor de la cuenca del Danubio, nada ha podido hacer en la práctica durante las jornadas trágicas de Budapest. Bien es cierto que intentó representar su papel en el plano de la pro-

paganda. Pero nadie escuchó sus palabras. Y los elementos llamados titistas de Hungría fueron los primeros en denunciar su solidaridad con el dictador de Belgrado.

EUROPA, CLAVE DEL FUTURO INTERNACIONAL

Una imagen objetiva de la situación del Este europeo y de la Unión Soviética nos proporciona, pues, pese a las apariencias, sólidas razones de optimismo a largo plazo. Incluso a pesar de la sombría tragedia de un pueblo noble que, con un valor digno de mejor suerte, situó al comunismo al borde de la derrota.

No cabe duda de que este hecho es por sí mismo altamente aleccionador. Porque la Unión Soviética, pese a su victoria aparencial, se encuentra en una situación extremadamente difícil en Hungría. Su política mundial le obliga a conservar a la hora presente la ficción pacífica de las alianzas. Por otra parte, el régimen de Janos Kadar sólo puede mantenerse con la ayuda de la ocupación física del país por el ejército soviético. Efectivamente, el traidor se encuentra en un aislamiento sin precedentes en la Historia. En la hora actual, el comunista títere sólo puede tener confianza en determinadas personas, lo cual es absolutamente insuficiente para gobernar un país; incluso después de las matanzas y las destrucciones. Así, pues, Hungría se convierte cada día más para la Unión Soviética en un lastre inútil, con el que ha de cargar. El país magiar, al igual que Polonia, es prisionero de Moscú; pero, al propio tiempo, la U. R. S. S. se siente igualmente cautiva. Porque está condenada a una política de ocupación que la inmoviliza en el momento en que más necesitada está de libertad de maniobra.

Esta debilidad manifiesta del enemigo puede constituirse asimismo en fuente de peligro internacional. Pese a las defecciones de unidades rusas en Hungría, el ejército rojo sigue siendo una inmensa máquina guerrera, comparable a la de los Estados Unidos. Si en la hora actual no hay razones para creer en una agresión soviética basada en un sentimiento de poder, no podemos excluir la hipótesis de un movimiento militar que siga a la crisis política. Los hombres amorales que dirigen el Kremlin pueden sucumbir a la tentación de aplazar sus problemas insolubles recurriendo a la guerra, como todos los tiranos desesperados que les precedieron. En este sentido está justificado afirmar que las condiciones políticas, favorables en esencia al mundo libre, podrían convertirse indirectamente en causa de una sangrienta conflagración.

La Historia prueba la absoluta imposibilidad de obtener la paz en semejante coyuntura, sometiéndose a la voluntad del tirano. Todo signo de debilidad no es sino un estímulo para el agresor en potencia. No podrá salvarse la paz sino por medio de una política clara y fuerte.

Como apoyo de esta tesis citemos los resultados positivos de una actitud enérgica cuando ésta fué mantenida por los Estados Unidos. Recuérdense los alaridos de dolor de todos nuestros neutralistas de hoy día cuando Norteamérica enunciaba la *Truman doctrine*, cuando los Estados Unidos ayudaban al Irán y cuando Wáshington se decidió a no ceder al chantaje del bloqueo de Berlín. Una y otra vez se dijo que el State Department practicaba una política de guerra. Pero hoy sabemos que la energía de los Estados Unidos salvó entonces al mundo. Sólo nos cabe expresar la esperanza de que el espíritu que condujo a estas tres decisiones sea también el que inspire a la nueva Administración del presidente Eisenhower.

Pero aunque es indiscutible que Norteamérica ha de significar mucho en la evolución política del mañana, no debemos olvidar a este respecto la importancia de la Europa occidental. En las horas trágicas de los combates liberadores de Hungría hemos visto meridianamente cómo la actitud enérgica de algunos países (España, Austria e Italia en la O. N. U.) proporcionaban una ayuda inestimable a la nación húngara, participando así en este milagro de revolución victoriosa contra el poderío de un gobierno totalitario. Porque, no lo olvidemos, la revolución húngara ha triunfado. Y sólo la guerra exterior—es decir, la agresión soviética—ha cambiado una vez más, aunque por breve plazo, el curso de los acontecimientos.

Un estudio objetivo demostrará, desde luego, que en la situación presente, tal y como hoy se da, la clave del futuro de nuestro mundo no se encuentra en Moscú ni incluso en Wáshington. Porque se halla en el occidente de Europa.

Nada puede ilustrar mejor este hecho que las leyes inmutables de la Historia, que a largo plazo no se dejan violar. La evolución del Este europeo, a la que nos hemos referido, prueba que no puede subsistir una línea de demarcación artificial tal y como fué trazada en Yalta. Tarde o temprano cambiará: en una o en otra dirección.

Se reconoce, por lo general, que los Estados Unidos y Rusia suelen equilibrarse más o menos en la balanza del poderío militar. Entre ambos poderes se encuentra la Europa libre, cuyo censo

de población y potencia económica son equivalentes a los de la Unión Soviética. A la hora en que las dos potencias mundiales se neutralizan y Rusia parece perder la dirección del bloque soviético, esta fuerza de la Europa libre puede convertirse en decisiva. Si nuestro continente comprende la necesidad imperiosa de unificarse, y si deja de lado (por así decirlo, a la hora undécima) los puntos de vista egoístas y particulares, Europa podrá hacerse dueña de la situación.

No es que queramos preconizar aquí la aventura militar. Ninguna persona razonable lo haría. Pero no debemos olvidar que una fuerza política, económica y militar unida puede ser decisiva, incluso sin entrar en acción. Hemos sido testigos de ello más de una vez en el curso de la Historia. Cuanto ha sucedido últimamente en el Este hubiera tenido mayores efectos de haber existido un Occidente como entidad. Porque, en este caso, los dictadores del Kremlin no hubieran osado utilizar sus fuerzas con la brutalidad y el cinismo increíbles de que acabamos de ser testigos. Efectivamente, frente a una potencia superior, hasta un tirano comunista no osaría provocar a la opinión pública mundial más allá de ciertos límites.

Podemos, por tanto, concluir que el deber más urgente de los occidentales ha de consistir en asegurar una superioridad indiscutible como producto de su unificación. Ayer, crear a Europa constituía un objetivo codiciable; hoy es un imperativo categórico.

Nuestra división europea ha sido la gran responsable de cuanto ha sucedido en Budapest. Y nuestra generación habrá de comprender, por último, que no cabe discutir con un totalitario sino a la hora en que es posible reforzar las palabras con una potencia militar efectiva.

NUESTRO OBJETIVO: LA UNIFICACIÓN DE EUROPA

En consecuencia, el primer paso de una política constructiva ha de darse en Occidente. Más o menos, estamos en la obligación de conocer nuestros deseos. Desde ahora es esencial la preparación de planes concretos para el futuro, con el fin de no verse sorprendidos por los acontecimientos.

Pero si hablamos de planes, no entendemos por ello determinados pasatiempos de ciertos grupos, que se creían en la obligación de preparar inmediatamente para los países del Este unas Constituciones y unos sistemas políticos. Pretenderlo es inútil e injusti-

ficado. Inútil, porque las decisiones en política interior no pueden llevarse a cabo sino cuando se hayan liberado los países y por quienes hayan luchado sobre el terreno. E injustificado, porque el sentimiento de soberanía nacional dicta una tregua política absoluta durante la ocupación extranjera. Por añadidura, toda importación en política interna es siempre un engaño. El ejemplo de los gobiernos comunistas satélites, que no han conseguido en diez años de mandato echar raíces profundas en la problación, prueba la inseguridad de los regímenes impuestos por el extranjero.

Si eliminamos, por tanto, la política interior de los planes futuros, quedan todavía numerosos problemas relacionados con las cuestiones internacionales, que exigen una urgente atención por parte del mundo occidental.

La evolución del porvenir demanda, ante todo, nuestra renuncia a prejuicios injustificados. A este respecto, una determinada propaganda occidental peca por su legitimismo reaccionario en el sentido más estricto de la palabra, esto es, el sostén que confiere a formas y a sistemas que han sido superados manifiestamente por los acontecimientos. Interesa subrayar que muchas personas que se dicen progresistas exigen el retorno incondicional a las condiciones del pasado. Este es el caso particular de quienes exigen hoy en día la restauración integral del sistema establecido en 1918 en la cuenca del Danubio. Se nos repite sin cesar que la obra del doctor Edouard Benès fué definitiva. Y se olvida que ciertos países, como, por ejemplo, Checoslovaquia se desplomaron sin una sola herida al primer ataque, y que apenas restaurados por la acción de las armas han caído de nuevo víctimas del poderío del Este. Cuando un Estado se hunde por dos veces sin esbozar siquiera un gesto defensivo, ello prueba la debilidad de su estructura. A título comparativo quisiéramos llamar la atención sobre el hecho de que a una coalición mundial le fueron necesarios más de cuatro años de guerra para abatir al Imperio austro-húngaro. Es preciso reconocer, por tanto, que constituiría un grave error pretender continuar una política de restauración en la cuenca del Danubio o en el Este europeo. Las fronteras no son sagradas, porque fueron trazadas en 1919 y restablecidas en 1945.

Mucho mejor sería, pues, que Occidente, siempre con vistas a la creación de una auténtica Europa, otorgase a los pueblos del Centro y del Este europeos el derecho a crear los Estados y las fronteras que les convengan. La idea de la autodeterminación de los pueblos cuenta hoy día con un gran poder de atracción. Esta idea no está limitada a los antiguos territorios coloniales. Y no

olvidemos que los países de la cuenca danubiana han sido tratados durante una década como colonias rusas.

Se ha pretendido que la autodeterminación de los pueblos destruyó la unidad del Este europeo. No participamos de este criterio. Porque precisamente a la terminación de la primera guerra mundial, los territorios interesados no tuvieron ocasión de pronunciarse libremente. Y esta circunstancia ha contribuído ampliamente a la inestabilidad de la situación entre los dos conflictos mundiales.

La unificación europea que ha de constituir nuestro objetivo exige la máxima aplicación de la autodeterminación de los pueblos. Bien es cierto que se nos dirá que la comunidad europea habrá de constreñirse a fronteras menos importantes que las de la hora actual. Es justo. Porque a este respecto habrá que permitir a los pueblos y grupos de pueblos interesados la determinación propia del Estado en cuyo seno desean vivir. Porque cualquier violación de este derecho fundamental sólo puede perjudicar a largo plazo a quien se haya convertido en responsable de ella. El principio que no ha de apoyarse en las bayonetas vale tanto para las naciones como para los individuos. Y los problemas que no se resuelven—sobre todo los de carácter nacional—tienden siempre a envenenar y a contaminar todos los cuerpos. Por añadidura, las fronteras estratégicas pasarían al ayer en una Europa unida.

En cuanto a la vida económica, quienes propugnan la restauración del orden de 1918 y 1945 parecen olvidar también que el mundo no se detuvo en 1948. La nueva industrialización del Este europeo ha provocado una integración económica de la región danubiana. Esta región se ha convertido en un poderoso *conbinat* industrial. Cualquier nuevo despiezamiento conduciría necesariamente a una gravísima crisis. El hecho de que los rusos—pese a sus ideas políticas y a causa de imperativos estrictamente económicos—se hayan visto forzados a su pesar a recurrir a la vía de la integración, confirma, una vez más, la unidad económica natural de la cuenca danubiana.

Al hablar de cuestiones económicas hemos de recordar siempre la necesidad de un planteamiento fríamente realista durante los primeros años de la integración europea. No es posible ignorar sencillamente la reciente evolución del proceso. Un retorno inoportuno a la libertad económica conduciría fatalmente al caos. No podremos subrayar lo bastante el peligro que constituiría la consideración de ciertos factores norteamericanos, basados en razones doctrinarias de hacer implantar, tan pronto como fuera posible, las formas económicas del Oeste en los países orientales. El ajuste

a Occidente de los países que se liberen del comunismo sólo puede realizarse muy gradualmente y en observancia permanente de las necesidades sociales. No habrá que olvidar, sobre todo, que la industrialización masiva ha cambiado la estructura de la población. Más necesario será adoptar las medidas idóneas que eviten el paro obrero que amenaza, ya que numerosas industrias sólo han sido creadas en función de las necesidades del rearme ruso.

Asimismo ha de ser esencial prepararse ya para abordar una grave crisis agrícola, que podría declararse tras la caída del comunismo en la Europa oriental. La forma económica actual, el *koljos*, sólo está justificda desde el punto de vista de la productividad. Pero, al propio tiempo, es detestable en la perspectiva social. Por otra parte, sólo se mantiene gracias a la presión policíaca. Por tanto, está justificada la presunción de que una liberación del país haría desaparecer los *koljos* en pocos días, pues serían barridos literalmente por los pequeños campesinos. Ello conduciría a un declive de la productividad. Con objeto de hacer frente a este peligro podría recurrirse, como medida de transición, a las cooperativas voluntarias de productores, del tipo de las de Moshaab, en Israel. En todo caso, es preciso que Occidente tenga en cuenta que, durante los primeros años de la integración, la cuenca danubiana no será, como lo fué en el pasado, un gran exportador agrícola, sino que más bien podría convertirse, al menos temporalmente, en una región deficitaria.

LA CONDICIÓN PREVIA DE OCCIDENTE

Algunos problemas de la reintegración de la comunidad europea no han sido señalados, por considerar que debemos hacer frente, por ahora, a las cuestiones más importantes que nos afectarán sin excepción a todos. La región que muy frecuentemente constituyó en la Historia la línea principal defensiva de la seguridad europea puede recuperarse mañana, para lo cual basta con que nos empleemos sistemáticamente y con prudencia. Esta acción no es sólo interés eminente de los pueblos del Este. Es, aún más, la condición previa a que ha de atenerse el Occidente.

Hoy todavía depende de nosotros el dictado de las normas de conducta para el futuro. La evolución política actual ha dado la iniciativa a los occidentales, y, con ello, la posibilidad de conseguir una solución permanente sin pasar por la guerra y por las destrucciones sobre su suelo. Pero estos plazos de la diosa Fortuna

no duran mucho, y deben ser aprovechados. Porque mañana puede ser ya demasiado tarde. Occidente no debe olvidar que la libertad del Rin, de las costas atlánticas y del Mediterráneo se ganará o se perderá en las riberas del Danubio o en las cumbres de los Cárpatos.

Otto de Austria-Hungría.
Hindenburgstrasse, 15.
Pöcking bei Starnberg / Obb.
(República Federal Alemana).